

Los sacerdotes que viven unidos dan un testimonio fuerte al evangelio de Cristo

Michael Maciborski

Licenciado en Filosofía

NO HAY NADA CÓMO LA LLUVIA DE PRIMAVERA para refrescar la tierra después del invierno. El año sacerdotal era esta lluvia por la iglesia, una verdadera cascada de bendiciones fluyendo sobre ella. Estas bendiciones tomaron muchas formas de renovación sacerdotal. Entre ellas, unas noticias y eventos positivos destacan los buenos efectos de este año por el Pueblo de Dios. Por citar unos, desde el mundo de los jóvenes, un muchacho creó un grupo de *Facebook* para afirmar la vocación sacerdotal que atrayó 27,000 seguidores en trece países en poco más que un mes. Del mundo artístico, se presentó en Roma un libro que rinde tributo visual al sacerdocio, *The Priest; The Image of Christ through Centuries of Art* (*El sacerdote; El imagen de Cristo a través de siglos de arte*). En cuanto testimonios de santidad sacerdotal, hubo la beatificación de un sacerdote capuchino en Barcelona y de un sacerdote carmelita en Roma. En cuanto expresiones de renovación al nivel nacional, en Polonia, por la primera vez en cuarenta años, hubo la peregrinación nacional de sacerdotes al santuario de la Virgen de Jasna Góra en lo cuál dos cardenales, cincuenta obispos, y tres mil sacerdotes participaron. Este último hecho es una bendición singular que merece una consideración aparte. Nos habla de las actividades de los sacerdotes entre sí. Podemos resumir esta dimensión en una frase: *la fraternidad sacerdotal*. Es una dimensión del sacerdocio que debe renovarse siempre y tiene fuerza no sólo traer más vocaciones al sacerdocio, pero también, más almas a la iglesia católica.

Hace casi cincuenta años, el entonces arzobispo de Milán, el cardenal Montini, dedicó una homilía iluminadora precisamente sobre este tema de fraternidad sacerdotal durante la misa crismal del Jueves Santo. Él explicó la importancia de fraternidad y solidaridad entre los sacerdotes mismos en clave del *mandatum novum* que Jesucristo dejó a la Iglesia en la Última Cena. El espíritu en cuyo el cardenal había compartido tales palabras siga vivo y alimentadora por nosotros hasta hoy, y por esta razón, atrae nuestra consideración de hacer el recorrido de sus pensamientos y son dignos de comentario y de meditación personal. Lo tomamos cómo guía unas de sus

reflexiones sobre este tema, que se encuentra en el libro el título *Il nostro sacerdozio: Il Presbitero nel magistero dell' Arcivescovo Montini*, páginas 187-195.

El trayecto de sus pensamientos pasa por tres fases que corresponden a la palabra que Cristo pronunció en la Última Cena. Así que la homilía comienza con el *mandatum novum*, y pasa a la reflexión sobre la cualificación '*sicut dilexi vos*', y termina con la declaración que el mundo reconocerá sus discípulos por su amor mutuo. El Cardenal Montini hace que los destinatarios sienten la pasión que surge en su corazón al considerar este discurso, especialmente cuando él destaca el concepto clave. Con más precisión que un cardiólogo al colmo de la cirugía, toca este tema usando esta frase: "*il punto focale di tutta la celebrazione del Giovedì Santo è questa... sempre scintillante, bruciante parola: l'amore*", (El punto focal de toda la celebración de Jueves Santo es esta... siempre brillante y abrasadora palabra: el amor). Tal amor es el fuego que ilumina toda la reflexión sobre las relaciones que deben existir entre los sacerdotes. Estas palabras de Cristo están dirigidas a sus apóstoles, a saber, a sus sacerdotes. La fraternidad sacerdotal nace ahí, con Cristo en el centro. Entonces, el núcleo de fraternidad sacerdotal es el amor, pronunciado y exigido por Jesucristo la última noche de su vida, y un amor hecho donación de sí mismo.

Podemos pensar en breve sobre el efecto histórico de tal amor. Sí los apóstoles tomaron en serio las palabras de Cristo, deben ser corroborados en los actos de su vida y en sus escritos. Y es precisamente lo que encontramos articulado cuidadosamente en las cartas de San Juan. Además, la vida de San Pablo refleje este amor, en sus misiones y en su himno de caridad en capítulo trece de su primera carta a los Corintios. Además, leímos en los escritos de los Padres de la Iglesia como los cristianos se distinguieron por su caridad. Así que los primeros sacerdotes empezaron la renovación del mundo antiguo por la práctica del amor exigido explícitamente por Jesucristo en su último discurso a ellos antes de morir. La renovación de nuestro mundo contemporáneo va a seguir como consecuencia de la práctica de lo mismo entre los sacerdotes.

El Card. Montini desarrolla el punto mencionado arriba con la descripción sobre como el sacerdote debe amar. Dice que él no debe amar sólo como criatura, ni sólo cómo bautizado hijo de Dios, pero como *sacerdos alter Christus*. Luego, se ve en la reflexión que este pensamiento es el fundamento del nuevo tipo de fraternidad que nació en el mundo el Jueves Santo. Lo que nace en el corazón del hombre consagrado como sacerdote es una nueva capacidad de amar. El momento culminante de tal reflexión

está en las palabras que él pone en la boca de Cristo para expresar como el sacerdote ama: *“Tu amerai col mio cuore”*, (Tú amerás con mi corazón). Según tal expresión, cuando el sacerdote ama a alguien, ama no como hombre, pero, como Dios.

Entonces, el cardenal pasa a la consideración del mandamiento de amar como Cristo ha amado a ellos. Él encuentra en esta palabra del Señor una cierta confusión que él atribuye a la débil natura humana, incapaz de amar tanto. En el desarrollo de la reflexión, abre el significado de la palabra. Reconoció que el amor exigido por Cristo es un amor sin límites. Dice *“... ciò significa che noi siamo chiamati ad un amore esagerato, ad un amore che non ha misura, un amore che non ha confini.”* (...lo que significa que nosotros estamos llamados a un amor exagerado, a un amor que no ha medida, un amor que no tiene límites.) Estas palabras destaca un hecho asombroso. Al sacerdote es posible lo que es imposible a un hombre sin Cristo, a saber, es posible amar sin límites como el Sacerdote Eterno. Sólo tal Sacerdote ha elevado otros hombres a su sacerdocio, y sólo él ha dado el poder de amar como él ama. Por medio del sacerdocio de Cristo el camino de un amor superior está abierto al mundo. Podemos decir que el sacerdote es curado de su amor débil y hecho curador de tal debilidad entre los hombres.

Pasamos al último punto de la homilía. Ahora, encontramos el pedazo central de un cuadro bellísimo sobre el sacerdocio. Montini dice *“Il Signore dice che la carità...deve essere invicem..., cioè fra di noi Sacerdoti.”* Ya está llegando al colmo de su reflexión. El *mandatum novum* se encuentra en el cuadro del sacerdocio. La caridad está exigida de los sacerdotes antes de todos. Esto vale muchas horas de meditación. El Señor decidió en su sabiduría eterna de anunciar el nuevo mandamiento en el contexto sacerdotal. Este hecho cambia las relaciones de los hombres entre sí. Con esto, nació una nueva asociación entre los hombres, una red completamente *sui generis*. Cristo compartió su sacerdocio no con cualquier hombre pero sólo con los que él ha escogido. La nueva fraternidad empezó a existir nutrida con las palabras de Jesús y centrada en su persona y misión.

Si los sacerdotes deben practicar caridad entre sí, entonces es cómo el Señor está creando aquí una relación que va a moldear las vidas de esta fraternidad nueva. En las palabras del Montini, *“Il Signore stabilisce un circuito di carità che deve legare noi Sacerdoti ad un anello di affetto, di simpatia, di solidarietà, di stima reciproca, di amore che no ha paragone con nessuna altra associazione...”* (El Señor establece un circuito de caridad que debe ligarnos sacerdotes a un anillo de afecto, de simpatía, de

solidaridad, de estima recíproca, de amor que no tiene ni punto de comparación con ninguna otra asociación). El cardenal ve la continuidad de este amor pasando por uno al otro apóstol, uniéndolos en una cadena de caridad. Es cómo el Señor desea que al nivel último la iglesia sea unida sacerdote por sacerdote. Debe ser unas características que destacan las relaciones entre sacerdote y sacerdote. El sentido de fraternidad sacerdotal debe llamar la atención a los demás por ser muy buena y muy única, y debe superar por su profundidad espiritual los lazos de todos los demás grupos.

La renovación sacerdotal, si resulta en un profundizar en la verdad que une los sacerdotes y desemboca en la práctica más intensa y frecuente de las expresiones de fraternidad entre los sacerdotes mismos, va a dar mucho fruto. El mundo no va a ser indiferente a esta fraternidad renovada. Montini ve en este aspecto lo que el Señor espera de sus sacerdotes. Dice *“La testimonianza che il Signore desidera che noi diamo al mondo è la grande affezione che noi Sacerdoti dobbiamo aver tra noi.”* (El testimonio que el Señor desea que nosotros damos al mundo es la grande afección que nosotros sacerdotes debemos tener entre nosotros). El modo en que se tratan los sacerdotes entre sí debe ser muy único y grata. Montini subraya que su convicción está fundada en la palabra que Jesús dirigió a sus apóstoles, mandándolos de amar uno al otro como él mismo ha amado a ellos. Con estas palabras, estamos al zenit de la reflexión de Montini sobre el tema de la fraternidad sacerdotal. En adelante, sus expresiones son más incisivas.

El cardenal ve que la causa de la evangelización está ligada al testimonio de las expresiones de fraternidad sacerdotal. ‘Somos la sociedad del espíritu, una comunión de almas, debemos tener, por eso, una inmensa confianza entre cada uno...’. Luego, siga con las palabras: ‘Debemos estar listo por esta fraternidad...debemos mostrar que el Clero es el más unido, que el Clero es compacto, que el Clero es exultante en su solidaridad.’ Con estas expresiones, se toca un corazón apasionado con el fin de ver los sacerdotes renovados en sus lazos de fraternidad. Montini profetiza que si esta actitud caracterizará los sacerdotes, entonces ‘...el mundo captará que el Evangelio está vivo y en vigor en nuestro siglo, si somos perfectamente amigos y hermanos entre nosotros.’ La nueva evangelización, en esta perspectiva, pasará por la renovación del sentido de la fraternidad sacerdotal entre todos sacerdotes, diocesanos y religiosos juntos. Desde esta perspectiva, el magisterio del arzobispo Montini coloca la fraternidad sacerdotal dentro de la causa de la predicación del Evangelio. Sin tal fraternidad, la evangelización cojea sobre las carreteras del mundo.

Al fin de este dedicado al sacerdocio va a dar muchos frutos. Entre ellos debe ser la renovación del compromiso de los sacerdotes entre sí de vivir con más vigor la llamada a practicar la fraternidad. El cardenal Montini nos ha explicado la importancia de este testimonio. El testimonio va a traer como efecto la renovación del Pueblo de Dios en cada comunidad donde se manifiesta la práctica de la caridad evangélica entre los sacerdotes mismos. Así, vamos a ver la realización de las palabras del Salmo 133: “*¡Qué bueno y agradable es que los hermanos vivan unidos!*” Y nos percatamos como termina: “*Allí el Señor da su bendición*”. Sí, allí, dónde los sacerdotes viven el *mandatum novum* de caridad entre sí, allí está el Señor; allí está bendición; allí está la renovación sacerdotal.